Carta de Asia-Economía

China-India: el sentido oculto de un acuerdo

**El Primer Ministro de la India y el Presidente de China,
la semana pasada en Beijing**

Roque San Severino
Iberglobal

The tiger averts its head,
The tattered lion grieves.
The bear flaunts its claws
Riding the back of the cow.
The moon torments the sun
The pagoda gives forth light
Disaster comes to birth
The olive is seen waving.

Mao Zedong [1]

Tanto la visita a China del Primer Ministro indio, Atal Bihari Vajpayee, la primera de este rango y naturaleza de los últimos diez años, como la firma el pasado día 23 de una declaración conjunta sino–india, parecen haber recuperado para el análisis una de las realidades geopolíticas de mayor contenido como es la rivalidad entre China e India, que se ha extendido a lo largo de la mayor parte del siglo XX.

Ahora los análisis se centran en el componente económico, destacando como el crecimiento económico chino ha superado ampliamente el indio. Sin embargo, en esta ocasión, centrar el análisis en las diferencias entre los dos modelos de desarrollo e intentar establecer comparaciones y buscar equilibrios entre democracia y eficiencia

[1] "Trimetrical Classic", Chinese Law and Government 9, nos. 1-2 (spring summer 1976) 7-11

económica sería, como hace el por otro lado referencial semanario The Economist, errar el tiro, equivocarse acerca de la prioridad del momento.

Este viaje de Vajpayee carece de sentido si no se interpreta en una clave geoestratégica, y más concretamente en el marco de su "tercer y último intento" por concluir un acuerdo de paz con Pakistán.

La política exterior india, desde el baño de realismo que supuso la pérdida de la guerra con China en 1962, ha estado dominada por el llamado modelo nehruniano de política exterior, diseñado para lidiar con las exigencias que, para un país de las características y objetivos de India, imponía la guerra fría. Los rasgos básicos de dicho modelo (voluntad de liderazgo, no alineamiento, vocación de hegemonía regional, etc.) han permanecido en esencia invariables, sobreviviendo largamente a su mentor principal.

A su vez, dicho modelo contaba con dos restricciones geoestratégicas básicas, como son los conflictos de India con Pakistán y China. El enfrentamiento entre China e India es el producto de dos Estados-cultura que, por primera vez, se aperciben del riesgo geoestratégico que uno representa para el otro. Así, conforme señala Garner[2], este enfrentamiento tiene un doble fundamento:

- **Dialécticas nacionalistas confrontadas que conducen a que ambas naciones, en su estrategia de materialización de su grandeza, compitan en los mismos ámbitos.**

- **Conflicto en los conceptos básicos de seguridad nacional.**

Este enfrentamiento geopolítico se ha materializado, en esencia, en tres conflictos territoriales, todos, en gran medida, resultado de las indefiniciones e insuficiencias de la llamada Línea McMahon trazada en tiempos coloniales entre los dos países :

1. **Tibet: donde, históricamente, India tenía interés en la constitución de un "buffer state" que le permitiera desarrollar con plena independencia sus objetivos regionales.**

2. **Aksai Chin: la ocupación china de este territorio, en tradicional disputa bilateral desde la independencia de ambas naciones, surge como necesidad logística, consustancial a la consolidación de su presencia en el Tibet.**

3. **Sikkim: la anexión por India, en septiembre de 1974 de este territorio, hasta entonces en una nebulosa y equívoca situación de semi-independencia, choca con su histórica inclusión , junto con Bhutan, en la gran China tradicional.**

Este panorama geoestratégico se complicó sustancialmente en el curso de la guerra fría al entrar en juego otros factores como el enfrentamiento chino-soviético y el enfrentamiento indo-pakistaní, resultando en un complejo entramado de fuerzas y equilibrios. Entre ellos el tradicional enfrentamiento entre India y Pakistán, sustanciado, aunque no limitado, al conflicto por Cachemira, y la alianza estratégica sino-pakistaní que ha dotado a este último país de tecnología nuclear y de misiles y que ha obligado a la India a mantener abierto un doble frente de contención militar y político.

Así, el acuerdo firmado el pasado 23 de junio es, ante todo, un ejercicio de necesario "aggiornamento" de las relaciones geopolíticas del sur de Asia, poniendo fin a una situación que podría tener sentido en el contexto de la guerra fría, en el que se establecieron los fundamentos de dichas relaciones, y que, sin embargo, hoy no sólo resulta anacrónico sino también un serio obstáculo al desarrollo de los objetivos de paz y seguridad en el subcontinente. Así, de entre los habituales formulismos y formalismos

---

[2] John W. Garner: "Protracted Contest: Sino-Indian Rivalry in the Twentieth Century"; University of Washington Press, 2001.

diplomáticos, destaca por su fuerza la única declaración precisa y terminante de todo el acuerdo:

"The Indian side recognizes that the Tibet Autonomous Region is part of the territory of the People's Republic of China and reiterates that it does not allow Tibetans to engage in anti-China political activities in India. The Chinese side expressed its appreciation for the Indian position and reiterated that it is firmly opposed to any attempt and action aimed at splitting China and bringing about "independence of Tibet"."

Adicionalmente y para tranquilizar a otros actores en este complicado juego de intereses estratégicos, el tratado señala:

"The two sides stated that the improvement and development of India – China relations is not targeted at any third country and does not affect either country's existing friendly relations and cooperation with other countries"

Sin embargo, también hay que hacer notar que el acuerdo suscrito en Beijing está muy lejos de aportar una solución definitiva a una de las áreas del mundo con mayor potencial de conflictos. Así, en un ejercicio de realismo y por encima del triunfalismo que suele acompañar a este tipo de convenios, el acuerdo reconoce:

"*The two sides agreed that pending an ultimate solution, they should work together to maintain peace and tranquillity in the border areas, and reiterated their commitment to continue implementation of the agreements signed for this purpose, including the clarification of the Line of Actual Control".*

En última instancia, este párrafo reconoce una verdad ciertamente formal, pero no por ello menos significativa, como es que la guerra que en 1962 libraron los dos gigantes asiáticos no terminó en un acuerdo de paz sino en un simple alto el fuego unilateral por parte china. Las mutuas reclamaciones territoriales siguen en pie: China reclama a India 90.000 kilómetros cuadrados en Arunachal Pradesh e India reclama a China unos 38.000 kilómetros cuadrados en Cachemira, y ello a pesar de las diez rondas negociadoras que se han desarrollado entre 1988 y 1996.

Sin embargo, las iniciativas diplomáticas hay que juzgarlas tanto por su contenido como por el clima que contribuyen a crear y, desde esta perspectiva, el movimiento de Vajpayee tiene dos claros objetivos: uno inmediato, como es el de rebajar la tensión bilateral con China, como paso necesario para crear un clima favorable a su iniciativa de paz con Pakistán; el segundo, más lejano, difuso y abstracto, es sentar las bases para el reforzamiento de un posible eje trilateral Moscú–Beijing-Nueva Delhi, que permita a estos tres países jugar un papel significativo en el ámbito político mundial.

El acuerdo firmado el pasado día 23 seguramente pasará a la historia más por el reconocimiento indio de la soberanía china en el Tibet que por enterrar los aún vivos conflictos bilaterales. Sin embargo, puede ser un paso ineludible para la construcción de una seguridad regional que hipoteca el desarrollo económico. En este caso, el mérito será, indudablemente, de quien más haya cedido y, al menos en esta ocasión, éste ha sido India.